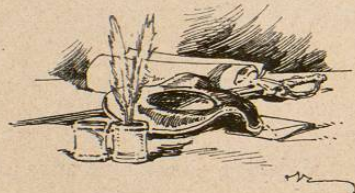


RENATO. La elección de sitio...
 CONDE. Es verdad.
 DUQUE. ¡Muy bien!
 RENATO. No quiso defenderse... y se dejó herir.
 CONDE. Es verdad.
 DUQUE. ¡Admirable!
 RENATO. Y en seguida... me alargó generosamente la mano...
 CONDE. Es verdad..., le alargué la.. (Va á alargar el brazo que lleva colgado del pañuelo, y se detiene.) No, no: ésta.
 RENATO. Y me dijo: «¡Seamos amigos!»
 CONDE. Es verdad.
 RENATO. Y para cimentar nuestra reconciliación..., ¡Elena es vuestra!
 CONDE. Es verd... — ¡Eh?.. ¿Qué es lo que dice?
 ELENA. ¿Será cierto?..
 CONDE. ¡Poco á poco!.. Permitid...
 RENATO. Sí, ya me acuerdo que... me encargasteis el secreto acerca de este enlace... (Con intención.) ¡Lo mismo que acerca del desafío!.. Pero si se descubre lo uno... se ha de descubrir lo otro... — ¿Me entendéis, no es verdad?
 CONDE. ¡Sí, señor!..., ¡perfectamente!
 ELENA. (Al conde.) ¡Qué buen tutor!
 CONDE. (Aparte.) ¡No hay remedio!.. ¡Me pilló la pupila!
 DUQUE. ¡Conde..., es preciso cumplir la palabra! Esta noche habrá sarao en palacio... y allí pondré mi augusta firma en las capitulaciones matrimoniales.
 CONDE. ¡Señor!.. ¡Tanta honra!.. (Aparte.) ¡Su firma!.. — ¡Esto ya no tiene soldadura! — (Recordando.) ¡Ah!.. (Va á la mesa y toca la campanilla.)
 DUQUE. (Entretanto toma de la mano á Elena y la entrega á Renato.) ¡Vuestra es!
 CONDE. (A un ujier que sale.) ¡Que desenganchen los caballos!
 RENATO. ¡Esposa mía!..
 ELENA. ¡Renato!..
 CONDE. (Mirándolos.)

Vemos en el mundo uniones
 Que empiezan muy celebradas
 Con bravos y con palmadas,
 Y acaban con bofetones.
 Mas por las mismas razones
 Que aquéllas paran en mal,
 Parece muy natural
 Que ésta, que formarse sabe
 A bofetones..., acabe
 Con aplauso general.



Á MUERTE Ó Á VIDA Ó LA ESCUELA DE LAS COQUETAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA AL ESPAÑOL

PERSONAS

DON VALENTIN. — EL GENERAL BERNAL. — DON FERNANDO DE LARA. — DON LUIS ROLDÁN. — LA DUQUESA DEL PUERTO. — LA MARQUESA DE ESTEPONA. — DOÑA ISABEL. — DOÑA ÁNGELA. — JUANA. — DOS LACAYOS.

La escena es en Madrid

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala en casa de la duquesa, adornada con lujo y elegancia; puerta en el foro y laterales: balcón á la derecha: á la izquierda, en primer término, una chimenea, y encima un espejo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL, D. LUIS, LA MARQUESA, LA DUQUESA, D. FERNANDO

(Al levantarse el telón están sentados, oyendo á D. Fernando, que acaba de leer un artículo de periódico.)

ISABEL. ¡Qué relación tan interesante!
 LUIS. ¡Gran temple de alma debe tener!
 ISABEL. Y vea usted, nadie lo diría al verlo.
 MARQUESA. ¿Y qué es lo que ha hecho ese buen hombre?
 LUIS. ¿Pues no lo ha oído usted, marquesa?
 MARQUESA. No: nunca atiendo cuando leen ustedes esos periodiquillos en que se elogia á cualquiera por la más mínima cosa.

LUIS. ¡Poco á poco, marquesa! El general Bernal no es un cualquiera.

MARQUESA. ¿Pues quién fué su padre?

LUIS. Alguno lo sería; pero aquí no se trata de su padre, sino de él: de un joven que empezó de nada la campaña, y ganó en los combates el grado de general excitando el asombro de todos con esos hechos extraordinarios de valor que acabamos de oír... y que no son mínima cosa, como ha dicho usted. — El general Bernal es uno de esos hombres superiores que, en su corta edad, imponen respeto y admiración.

ISABEL. ¡Y qué trato el suyo!, ¡qué comedido!, ¡qué amable! No solamente se distingue como militar, sino como hombre de sociedad. Pregúntenselo ustedes á mi hermana, á la cual no dejaba de visitar un solo día hasta que se marchó.

MARQUESA. Es verdad: ahora me acuerdo que entre las gentes de nuestra clase se ha hecho muchas veces conversaci6n de esa extraña intimidad. ¿Será cosa, sobrina, de que cuentos entre tus infinitos adoradores á ese advenedizo?

FERNANDO. (Aparte.) ¡Qué oigo!

MARQUESA. ¿Le has dado pie para que ponga los ojos en tí?

DUQUESA. Tía, confieso que la nobleza de su carácter, el encanto de su conversaci6n... me han hecho tratarlo con particular aprecio.

MARQUESA. ¡Ya!.. ¿Halagaba tu vanidad hacer la conquista de uno de esos hombres que tienen opini6n de invulnerables, y despiertan la curiosidad pública por sus hazañas en la guerra?.. Bien: eso pase, pero ¡cuidado!..

DUQUESA. (Sonriendo.) ¿De qué, tía?

MARQUESA. ¿Cómo de qué? Eres duquesa, viuda y rica; eres la reina de nuestra sociedad...

DUQUESA. ¡Tía!..

MARQUESA. Pregunta lo que decían de ti la otra noche en el baile de la condesa. ¡Oh! Los elogios no tenían fin. «No la hay más hermosa, más discreta ni más inexpugnable que la duquesa del Puerto... (decían todos.) Flechar á cuantos ve, y mantenerse fría: esa habilidad nadie la tiene sino ella.»

FERNANDO. (Aparte.) ¿Es posible?

DUQUESA. A la verdad, tía, esos elogios...

MARQUESA. Los mereces, eso sí. Pero cuidado, repito. Mira que ese trono en que te has sentado es muy resbaladizo; y esos hombres tenaces, como el general Bernal...

DUQUESA. (Sonriendo.) Se estrellan, como otro cualquiera, en la voluntad de una débil mujer.

MARQUESA. No digo que no; pero bueno será que estés en guardia. — Yo me acuerdo que una vez en tiempo del príncipe de la Paz...

DUQUESA. ¿Qué le sucedió á usted, tía?

MARQUESA. (Levantándose, y también los demás.) Nada: no hablemos de lo pasado. Lo que te interesa es lo venidero. Sería muy ridículo que nos introdujeras en la familia un excelencia de mochila.

ISABEL. ¡Oh! Mi hermana no piensa en volver á casarse.

MARQUESA. Y hace muy bien. Pero ten presente, sobrina, lo que siempre te he dicho. ¡Estos militares de ahora, infatuados con sus cruces y sus glorias, tienen un modo tan brusco de enamorar!.. Ya se ve, acostumbrados á tomar baterías...

DUQUESA. Pero, tía, si el sujeto de que hablamos se ha marchado hace un mes... ¡y Dios sabe si volverá!

MARQUESA. Tú coquetea con él, enhorabuena, si así te diviertes; ¡pero guarda tu

corazón! — ¡Ea! Adiós, hija mía: estoy de guardia en el cuarto de la reina, y ya es hora: nos veremos esta noche en el baile de la embajada. No olvides mis consejos.

DUQUESA. Le doy á usted gracias, tía.

MARQUESA. ¿Luisito se quedará un rato al lado de su futura?

LUIS. Tengo precisamente que hacer; pero la duquesa me permitirá volver á acompañarlas al baile; Isabel me ha ofrecido el primer rigod6n.

ISABEL. Veremos.

MARQUESA. (Riendo.) ¡Hola! ¡Veremos! — ¡Ah, ah, ah!.. — Luisito, déme usted el brazo. (Todos se van por el foro, excepto la duquesa y D. Fernando.)

FERNANDO. (Aparte mientras la duquesa los despide.) La visitaba todos los días el general Bernal... ¡Oh! Es preciso que ella se explique.

ESCENA II

LA DUQUESA, D. FERNANDO

DUQUESA. ¡Ah! ¿Usted se queda, Sr. D. Fernando?.. Lo celebro, para darle á usted de nuevo las gracias.

FERNANDO. ¿De qué, señora?

DUQUESA. De la suma amabilidad que ha tenido usted en leernos ese artículo que elogia el general Bernal por sus proezas.

FERNANDO. Usted lo deseaba, señora; ya sabe usted que sus menores deseos son mandatos para mí.

DUQUESA. ¡Hola! No lo sabía; pero me alegro de saberlo.

FERNANDO. Y le confieso á usted que la lectura del artículo y los comentarios á que ha dado lugar han despertado en mí reflexiones muy tristes.

DUQUESA. ¿De veras?

FERNANDO. ¿Será cierto que el general Bernal la ama á usted, señora?

DUQUESA. La pregunta no deja de ser extraña.

FERNANDO. ¡Oh! ¡Dígnese usted contestarme á ella; yo se lo ruego!

DUQUESA. ¿Contestar?.. Dificilillo es. Además, ¿qué interés puede usted tener en ello?

FERNANDO. ¿Qué interés? ¿Ignora usted lo que pasa en mi corazón?

DUQUESA. Nunca me he tomado el trabajo de averiguarlo.

FERNANDO. ¡Cómo! Mis miradas, mi conducta desde el día que tuve la dicha de ver á usted por la primera vez, ¿no se lo han dicho?

DUQUESA. En primer lugar, yo no me pico de entendida en interpretar miradas; y luego, ¿qué tiene de particular su conducta de usted? Usted es rico, de buena familia: vino usted á Madrid; Luisito, el novio de mi hermana, le presentó á usted en casa, yo le recibí con la amabilidad que acostumbro, usted gustó de mi trato, tuvo por conveniente dilatar su permanencia en la corte, y me hace el honor de visitarme á menudo: ¿qué quiere usted que vea en esto de extraordinario?

FERNANDO. De extraordinario nada, duquesa..., es verdad..., porque el que la ve á usted una vez, no tiene ya fuerzas para ausentarse.

DUQUESA. Esa es una galantería muy bien dicha: gracias, Fernando.

FERNANDO. Pero ha de saber usted que cuando vine de Valladolid estaba en vísperas de casarme.

DUQUESA. ¿Y qué?

FERNANDO. Negocios de interés me obligaron á hacer este viaje: una joven que yo amaba..., que creía amar á lo menos, había recibido mi promesa, y aguardaba con ansia mi vuelta... Pues bien: yo he escrito que mudaba de parecer, que faltaba á mis juramentos.

DUQUESA. Ha hecho usted mal.

FERNANDO. ¡Es que la vi á usted, duquesa!

DUQUESA. ¡Cómo! Pues qué, ¿mi presencia es remedio contra casamientos?

FERNANDO. ¡Sí, con otra que no sea usted!

DUQUESA. Pues amigo, si me he de casar con todos los que se aficionan á mi trato, ¡dígame á usted que es obra!

FERNANDO. Pero usted no ha podido ignorar este sacrificio que yo la hacía de un porvenir seguro á una remota esperanza: sus miradas de usted, su acogida, sus expresiones..., todo parecía mandármelo.

DUQUESA. No me acuerdo de haberle dicho á usted una sola palabra de todo eso.

FERNANDO. Es verdad, señora, usted no me lo ha dicho, pero yo he creído leer en sus ojos...

DUQUESA. ¿Dónde dice usted que ha vivido hasta ahora?

FERNANDO. En Valladolid, señora.

DUQUESA. ¡Ya!.. ¡Pues eso es!

FERNANDO. ¿Conque sacamos en limpio que aquellas tiernas miradas que hacían palpar mi corazón, aquellas dulces expresiones que me alentaban á quedarme al lado de usted..., todo ello no era más que un juego? ¿Era verdad lo que decían aquí hace un instante? ¿Se complace usted en destrozar corazones y permanecer insensible? ¿En encender con una mirada y apagar con una palabra las ilusiones de cuantos se acercan á usted?.. ¿Esa es su diversión de usted? Y con el general Bernal ¿habrá usted hecho antes sin duda lo que ahora conmigo?

DUQUESA. Si la falta de mundo y los pocos años no merecieran alguna indulgencia, ¿sabe usted que debería enfadarme?

FERNANDO. ¿Enfadarse?

DUQUESA. Sí, señor; porque yo no le he dado á usted nunca derecho para hacerme semejante interrogatorio, y menos para dirigirme cargos.

FERNANDO. ¡Ah, duquesa..., por Dios, no se burle usted de mis tormentos! ¿Cómo es posible que no haya usted adivinado el secreto de mi corazón?.. ¡Este sacrificio que he hecho, usted ha tenido el arte de imponérmelo sin decir una palabra: usted me daba esperanzas, y ahora averiguo que al mismo tiempo se las daba también al general!..

DUQUESA. ¿Volvemos?..

FERNANDO. Y para mayor crueldad, me elige usted á mí para que lea la relación de sus hazañas.

DUQUESA. (Sonriendo.) Pues qué, ¿no le ha interesado á usted esa lectura?

FERNANDO. Tengo bastante nobleza, señora, para admirar el mérito, aunque sea en un rival.

DUQUESA. Eso le hace á usted mucho honor.

FERNANDO. En fin, acabemos: conteste usted. – Si no me he engañado, el general la ama á usted. – Pues bien: ¿cuál de los dos puede esperar correspondencia?

DUQUESA. ¿Y qué diría usted si le respondiese: ni el uno, ni el otro?

FERNANDO. Nada, señora: saldría de aquí para no volver más.

DUQUESA. Eso sería otra locura.

FERNANDO. Diga usted que sería el primer paso que diera en razón.

DUQUESA. (Con coquetería.) ¡Es usted un niño!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA ISABEL

ISABEL. ¡Clara! ¡Clara! La modista está en tu cuarto: ¡trae cosas lindísimas!

DUQUESA. ¡Ah! Voy allá. – Usted me dispensará, Fernando: ya ve usted que se trata de un negocio muy importante.

FERNANDO. Sí, señora: estoy convencido de que no me queda más arbitrio que retirarme.

DUQUESA. Nos veremos esta noche en el baile de la embajada: tengo presente que le he ofrecido á usted el primer rogodón.

FERNANDO. Señora, no sé si...

DUQUESA. ¡Oh! Es un compromiso; no me dé usted chasco. – Seguiremos la conversación. – Hasta la noche, Fernando.

FERNANDO. Pero...

DUQUESA. (Con tono afablemente imperioso.) Hasta la noche.

FERNANDO. (Con tono sumiso.) ¡Hasta la noche! (La duquesa se va por la izquierda. – Don Fernando por el foro.)

ESCENA IV

DOÑA ISABEL

¡Qué cara lleva!.. La misma que le he visto poner mil veces al general Bernal al despedirse de mi hermana. ¡Es cosa singular! Cuanto más los hace rabiar, más rendidos los tiene. Vaya, parece que ese es el mejor medio de hacer que nos amen... Será preciso que lo ponga yo en práctica. Ese Luis... me quiere, sí; ¡pero es tan calmoso!.. ¡tan frío!.. Parece que está tan satisfecho siempre, tan seguro de mi amor. ¡A todo dice *amén!*.. Nunca tenemos una riña..., por consiguiente nunca tenemos que hacer las paces... ¡Eso es una sosería!

UN LACAYO. Señorita Isabel, ahí está una joven que quiere ver á V. S.

ISABEL. ¿Una joven?

LACAYO. Aquí ha escrito su nombre. (La da un papel.)

ISABEL. ¡Qué veo! Dila que entre al instante... (Vase el lacayo.) ¡Angelita en Madrid! ¡Es posible!

ESCENA V

DOÑA ISABEL, DOÑA ÁNGELA

ANGELA. ¡Isabel!.. ¡Cuánto gusto tengo en verte!

ISABEL. ¡Pues y yo! ¡Abrazar á mi mejor amiga!.. ¿Desde cuándo estás en Madrid?

ANGELA. Ocho días hace que llegué con mi papá.
 ISABEL. ¡Y hasta hoy no has venido á verme!
 ANGELA. Perdona, Isabel, no ha sido culpa mía: apenas llegamos cayó en cama papá, y he tenido que estarme en casa cuidándole.
 ISABEL. Ya. — ¿Y dónde vives?
 ANGELA. En la misma casa del general Bernal.
 ISABEL. ¿De veras? Pero él no está en Madrid.
 ANGELA. Hoy mismo debe llegar: es íntimo amigo de papá; han sido compañeros de armas. En casa vivía en Valladolid, y allí le dejamos á nuestra salida.
 ISABEL. ¡Qué hombre tan amable y tan bueno! ¿Verdad, Angelita?
 ANGELA. Sí, ya sé que tú le conoces: él nos hablaba continuamente de tu hermana la duquesa. Y si te he de decir la verdad, allá se nos ha figurado que el general..
 ISABEL. (Con misterio.) Y habéis adivinado.
 ANGELA. Pero también hemos creído notar que ese amor no le hace feliz.
 ISABEL. ¡Y qué quieres! ¡Eso se ve con mucha frecuencia!
 ANGELA. (Suspirando.) ¡A quién se lo cuentas, Isabel!
 ISABEL. ¡Cómo! ¿Lo sabes por experiencia?
 ANGELA. ¡Sí, amiga mía!
 ISABEL. ¿Es posible?.. Cuéntame..., cuéntame..
 ANGELA. Ya te contaré... — Por ahora baste decirte que estaba para casarme, que mi novio tuvo que hacer un viaje á Madrid, y que al mes de estar aquí escribió que renunciaba mi mano, porque ciertas reflexiones muy serias le decidían á faltar á sus promesas.
 ISABEL. ¡Vea usted! — No se debía permitir viajar á los novios.
 ANGELA. Ya te harás cargo de lo que sería para mí este golpe. Mi pobre papá para distraerme me trajo á Madrid..., donde, por desgracia, he estado de enfermera desde que llegué; pero por fin he aprovechado este ratillo, en que salí á compras con la doncella, y he venido á verte.
 ISABEL. ¡Qué bien has hecho! Ya verás, Angelita, cómo entre todos logramos hacerle olvidar ese pícaro lance. Y aquí en Madrid..., ¡quién sabe!..., puede que halles otra cosa mejor.
 ANGELA. ¡Qué! Si dicen que en la corte no es donde se ha de buscar la constancia.
 ISABEL. ¡Pues digo en las provincias!.. Traslado á ti.
 ANGELA. ¡Por seguir la moda!
 ISABEL. ¿Y no sospechas el motivo de la infidelidad de tu novio?
 ANGELA. Estoy segura de que me ha sacrificado á alguna nueva pasión.
 ISABEL. ¿Sí? Pues es preciso que hagamos por vengarte. — Aquí verás jóvenes de lo más amable y más elegante..., y podrás escoger entre todos..., excepto uno.
 ANGELA. ¿Cuál?
 ISABEL. El que se va á casar conmigo.
 ANGELA. ¡Calla! ¿Te casas?
 ISABEL. Sí: con D. Luis Roldán; un joven muy guapo..
 ANGELA. ¡Dios te haga más feliz que á mí, Isabel!
 ISABEL. Ya haré lo posible para que así sea. Justamente cuando tú has venido estaba yo cavilando en los medios de desesperarlo para que no se acuerde de más mujer que de mí.

ANGELA. ¿Desesperarlo?... Pues qué, ¿por ese medio se hace una amar?
 ISABEL. ¡Ya verás!.. Ven conmigo, te presentaré á mi hermana: ella no te conoce; pero yo la he hablado mucho de ti.
 ANGELA. No, ahora no: papá no está bueno todavía, y le haré falta. Me voy.
 ISABEL. ¡Tan pronto!
 ANGELA. No quería más que darte un abrazo y que supieses que había llegado.
 Adiós, querida: pronto volveré á verte.
 ISABEL. ¡Cuidado! Yo te iré antes á visitar. ¿Vives en la misma casa del general?
 ANGELA. Sí, en el cuarto segundo. — Probablemente habrá llegado ya.
 ISABEL. Le daré la noticia á mi hermana, que se alegrará mucho.
 ANGELA. ¡Adiós, hermosa!
 ISABEL. ¡Adiós! (Se besan: Angela se va por el foro.) ¡Pobrecilla! ¡Engañarla ese pícaro novio! Ella es tan bonachona... Como yo con Luis. No es así mi hermana, y por eso los tiene tan sujetos. ¡Esa lo entiende!

ESCENA VI

LA DUQUESA, DOÑA ISABEL

DUQUESA. Isabel, ¿qué haces aquí tan sola?
 ISABEL. ¡Ay, Clara, si vieras qué alegría he tenido!
 DUQUESA. ¿Cuál es?
 ISABEL. Mi mejor amiga de colegio, Angelita Herrera, que ha llegado á Madrid y ha venido á verme.
 DUQUESA. ¿Y por qué no me la has presentado?
 ISABEL. Tenía prisa por volver á cuidar á su padre, que está algo malo: es un amigo antiguo del general Bernal; viven en su misma casa, y Angelita me ha dicho que el general debía llegar hoy.
 DUQUESA. ¡Hola!.. (Aparte.) Bien sabía yo que volvería.
 ISABEL. Ya vendrá á verme otro día y te la presentaré.
 DUQUESA. Sí: deseo conocerla.
 ISABEL. Y es preciso que tratemos de distraerla: ¡tiene una pesadumbre!..
 DUQUESA. Bien; ¿pero no piensas en vestirte? Luisito vendrá, y no estarás lista para ir al baile.
 ISABEL. No importa. No pienso que me acompañe.
 DUQUESA. ¿Cómo?
 ISABEL. Ni bailaré con él esta noche.
 DUQUESA. ¿Y por qué?
 ISABEL. Porque... ¡qué sé yo!
 DUQUESA. ¡Caprichos!.. ¿Y si se enfada?
 ISABEL. Él se desenfadará.
 DUQUESA. ¡Quién sabe!
 ISABEL. ¡Bah! ¿No he visto yo un millón de veces al general Bernal marcharse de aquí enfadado?.. Y ¿cuánto duraba?
 DUQUESA. Isabel, no seas loca. — ¿No dices que quieres mucho á Luis?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

10562

ISABEL. ¡Sí que le quiero mucho!

DUQUESA. Entonces, ¿por qué quieres afligirlo?

ISABEL. Pues qué, hermana, ¿tú aborreces al general Bernal? No lo creo.

DUQUESA. ¿Y á ti quién te mete?..

ISABEL. ¡Toma! Yo hago mis observaciones. Cuando el general venía á verte tan ufano, tan contento, tú le ponías una cara..., le despreciabas, le reñías... Y cuando él se ponía de mal humor, al momento cambiabas, te mostrabas tan alegre, tan risueña..., y eso le desesperaba, y le hacía ponerse...

DUQUESA. (Sonriendo.) ¡Furioso!.., ¡pero qué furioso!..

ISABEL. Y más enamorado que nunca. Pues bien: yo voy á hacer esa prueba.

DUQUESA. ¿Qué estas diciendo, Isabel?

ISABEL. Sí, sí, quiero imitarte: quiero hacer con Luis lo que tú hacías con el general.

DUQUESA. ¿Y si Luis se va y no vuelve?

ISABEL. ¡Vaya! ¿Pues no volvía siempre el general?

DUQUESA. Isabel, te prohíbo pensar en semejantes locuras. Tu situación no es igual á la mía; y hay cosas que una niña no debe aprender, porque se expone á interpretaciones siniestras ó á riesgos fatales.

ISABEL. ¡Pero Clara, mis amores con Luis son tan sosos! ¡Tiene él una calma!..

Yo quisiera un poco de tempestad..., aunque no fuera más que por variar.

DUQUESA. ¡Vamos! No vuelvas á pensar en esas extravagancias, Isabel. Anda á vestirme, y déjate de jugar con fuego.

ISABEL. (Aparte, yéndose por la derecha.) Tú dirás lo que quieras, pero yo he de aventurar la prueba.

ESCENA VII

LA DUQUESA

Esta niña ha perdido el juicio. ¡Coqueterías á su edad!.. Yo estaré á la mira. — ¿Conque el general está de vuelta... y más enamorado que nunca?... No me coge de nuevas. ¡Y qué cartas me ha escrito!.., ¡qué cartas tan elocuentes, tan tiernas!.., ¡pero siempre tan exigentes!.. ¡Vamos, es preciso decidirme!.. ¡Es mucho mundo este! Porque una recibe con amabilidad á un hombre, porque hace justicia á las prendas eminentes que le adornan, ya es forzoso sacrificarle la libertad..., ya es de precisión que la duquesa del Puerto se convierta en la generala Bernal. ¡Estamos frescos! ¡Qué hombres estos! No puede una soltar una palabra sin que la tomen al pie de la letra. Verdad es que yo casi, casi le he dado derecho á esperar... Y si he de decir lo que siento, es el único hombre que no me parece del todo indigno de semejante sacrificio. — ¿Pero qué estoy diciendo?... ¡No hay uno, uno solo que lo merezca!.. Y las expresiones que he soltado no me comprometen á nada. Pues señor, preparémonos á sostener violentos ataques... Pero no hay miedo; me defenderé con valor.

UN LACAYO. El Sr. D. Valentín Rompelanzas.

DUQUESA. ¡D. Valentín!.. ¿Y qué me quiere?

LACAYO. Desea tener el honor de hablar á S. E. la señora duquesa.

DUQUESA. (Aparte.) ¡El íntimo amigo del general!.. ¿A qué vendrá? (Al lacayo.) Que entre. (Vase el lacayo.) ¡No sé qué me da el corazón!.. ¡Este D. Valentín, hombre tan raro!.., apenas le visto dos veces...

ESCENA VIII

D. VALENTÍN, LA DUQUESA

DUQUESA. Pase usted adelante, caballero.

VALENTÍN. Señora duquesa, usted me ha de perdonar que haya insistido en presentarme...

DUQUESA. El amigo del general Bernal puede estar seguro de que me dará mucho gusto siempre que venga á verme.

VALENTÍN. En calidad de tal me presentó aquí, señora, y de él es de quien vengo á hablarla á usted.

DUQUESA. ¡Cómo! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

VALENTÍN. Todavía no; pero poco tardará en sucederle.

DUQUESA. ¿Qué quiere usted decir?

VALENTÍN. Que después de un mes de ausencia va á llegar...

DUQUESA. ¿Y qué?

VALENTÍN. Y la va á ver á usted.

DUQUESA. ¡Cómo! — ¿Sabe usted que ese chiste podría calificarse de insulto, caballero?

VALENTÍN. No es esa mi intención, duquesa.

DUQUESA. Vamos, sírvase usted explicarse.

VALENTÍN. Eso haré, ya que usted me lo permite. Pero ante todas cosas, ruego á usted que me disimule si acaso mi lenguaje no se ajusta estrictamente al que se usa por aquí en la alta sociedad: yo no la trato mucho.

DUQUESA. Ya lo voy notando.

VALENTÍN. Gracias, señora. — Empiezo, pues. — Hace quince años...

DUQUESA. Perdóneme usted.. Se me figura que lo toma usted de muy lejos...

VALENTÍN. Es verdad, señora; pero ya iré llegando. Para que usted entienda el paso que doy, es necesario que sepa el origen y la naturaleza de mis relaciones con el general Bernal. Hace quince años que salió él del colegio militar, y yo del de San Carlos: nos habíamos criado juntos, y juntos emprendimos la carrera; él entró de alférez de artillería, y yo de cirujano de ejército en el mismo cuerpo. Andando el tiempo, llegó él, á fuerza de cañonazos, á general; y yo, á fuerza de lancetazos, á cirujano mayor.

DUQUESA. Todo eso ya lo sé.

VALENTÍN. ¡Corriente! Pero lo que quizá no sabe usted es que nuestros caracteres son muy opuestos, y nuestra conducta mucho más. Bernal, hombre sencillo y cándido, como todos los que tienen un talento superior, no ha pensado en su vida en otra cosa que en la estrategia, en las batallas, en la gloria... Yo, los ratos desocupados los he empleado en otras aventuras no tan científicas; de suerte que ambos hemos llegado á esta época crítica de la vida, yo con un alma taimada y dura como un guardacantón, y él con un corazón inexperto y cándido.